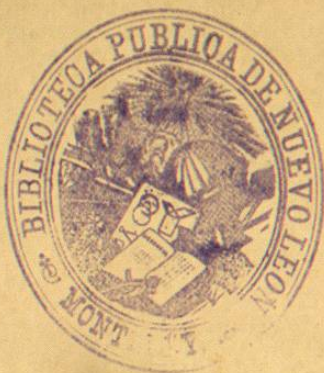


recía peor, que no sanas de esta enfermedad.... que te mueres mañana: y bien ¿qué?; prepárate a morir como Dios quiere y Dios te recibirá mañana mismo y te hará feliz en el cielo para siempre: esta vida, tan triste como tú lo estás palpando, habrá terminado y seguirá otra nueva vida en la cual serás dichosa para siempre. ¿Qué te parece? ¿No quieres ser feliz? Y sin urgir por mi parte la respuesta a esta última pregunta mía, nos quedamos las dos sumidas por un rato en un profundo silencio....; al cabo le pregunté: ¿Cómo te sientes? y ella, como si quisiera reanudar la interrumpida conversación, me dijo: Ya no me importa morir. Yo recibí sonriendo estas palabras y le contesté: pues claro está; ¿no faltaba más sino que te pusieras triste por irte al cielo! Y después de unos minutos de pausa, me repetía con alegre semblante: ¡al cielo! ¡al cielo! ¿Ya te quieres ir al cielo? Pues, muchacha, no tienes mal gusto, le dije yo. Aún duró varios días la vida de mi buena prima; yo iba con mucha frecuencia a su casa para pasarle al lado de la enferma, horas enteras hablando de Dios y del cielo como me lo pedía. Recibió con fervor los santos sacramentos; su muerte fué verdaderamente cristiana y consoladora: Una paz, una tranquilidad envidiable: me parecía un milagro ver a aquella jovencita, llena antes de ilusiones, estar suspirando por morir; al fin se le cumplieron sus deseos y se fué al cielo. Sí, ella se fué al cielo y yo me quedé todavía dando guerra en la tierra; pero muy pronto sentí el beneficioso influjo de mi prima querida: sin duda que pedía por mí a Dios, como me lo había prometido.

—Y ahora, don Carlos, añadió la buena religiosa, es tiempo ya de que conteste a su pregunta de Ud.: ¿qué motivos tuve para hacerme monjita. Estaba yo, pues, con otras personas de la familia, velando el cadáver de mi prima: y la verdad es que me encontraba bastante conmovida pensando que ella ya estaría en el cielo y en cambio yo....; y me venían a la memoria todas las conversaciones que habíamos tenido antes de su muerte, sus respuestas, todo.... pero en medio de la tristeza por aquella separación

que la muerte había hecho, otro pensamiento me asaltaba causándome una inquietud que imposible me era precisar: me sentía abrumada, como si tuviese un gran peso sobre mí, como si la despiadada muerte que había cortado la vida de aquella joven allegada mía, se me presentase para recordarme sin compasión que también a mí me llegaría mi hora, y más pronto quizá de lo que me imaginaba....que bien había hecho en dar tan buenos consejos a mi prima, pero que tuviese también cuidado de aplicarme el sermón a mí misma.... Quise apartar de mí estas ideas tan tristes y traje a mi mente lo que me parecía más halagüeño, procurando pintarme una vida larga y feliz, con todas las comodidades, todos los pasatiempos, todo en fin lo que se puede ocurrir a una cabeza que no había pensado todavía 20 años....; mas tarea inútil: aquello no me satisfacía; inmediatamente se me presentaba otro pensamiento que me decía: Bien, y, ¿cuánto podrá durar todo esto? ¿cuarenta, cincuenta años a lo sumo!, pero, ¿y después? Le aseguro a Ud., D. Carlos, que este *después* me acongojaba en gran manera y no podía quitármelo de la cabeza. Una respuesta, al fin, se me ocurrió con qué acallar aquel molesto *después* que tanto me atormentaba: Después, me contesté a mí misma con resolución, después podré tener una muerte tan cristiana como la de mi prima y.... al cielo! quedé algo tranquilizada por el momento; pero aún después de mucho tiempo, me duraba la impresión de la muerte de mi prima: sentía como si llevara una espina clavada muy adentro: las diversiones, las esperanzas y promesas todas de la tierra, me parecían insuficientes para llenar el corazón: ¿quién en este mundo me puede garantizar ni un solo día de vida? Buscaba sin cesar razones para resolver esta dificultad; pero en vano. Sólo Dios me parecía que podría hacerme feliz: esto lo veía con suma claridad: veía que esta vida no es más que un camino para la otra que es la definitiva y la que más nos debe interesar: ¿qué importa pasar unos cincuenta años de trabajos, si con esto se consigue una vida para siempre feliz? Entonces di franca acogida a un pensa-



-14-

miento que me había asaltado antes, en la casa de mi prima, al estar velando su cadáver, y que yo sobresaltada procuraba desechar con prontitud, como temerosa de ponerlo por obra: el pensamiento de hacerme religiosa, de morir espiritualmente para el mundo y entregarme a Dios para asegurar más mi salvación en la otra vida y merecer un premio mayor en el cielo. Entonces sentí un vivo sentimiento de gratitud a mi prima, a quien me creí deudora de una inspiración. Al lado de mi prima enferma, me dije a mí misma, tuve los primeros pensamientos que me han acercado más a Dios: pues en la cabecera de un enfermo he de buscar también mi salvación: quiero ser Hermana de la Caridad.

Aquí tiene Ud., D. Carlos, por qué me hice monjita; Ud. me dirá si tuve razón o no, si vale dejar algunas cosillas de la tierra para recibir después una recompensa inmensamente mayor y más preciosa.

Carlos estaba muy impresionado y se contentó con responder a media voz:

—Si yo no contradigo, claro está, si yo respeto.... Pero ¿todo eso quiere decir que para salvarse después de la muerte, es necesario hacerse religioso? Yo tenía entendido que no.....

—No ha sido en modo alguno mi intención, replicó la religiosa, decir eso: hay que atender primero a la vocación, que Dios Nuestro Señor sólo puede dar.

—Ya entiendo, y ahora no me queda más que pedir a Ud. me perdone mi soberana imprudencia al estar importunamente urgiendo a Ud. para que aceptara aquellas bagatelas.

Y Carlos, queriendo ocultar su profunda impresión dió otro giro a la conversación y dijo:

—Hablando con franqueza, yo no creía que una mujer me ganara a comerciante: pero por lo que he oído, en cuestión de cuentas me deja Ud. muy atrás. ¡Con razón se reía Ud. de mis relojes y medallas de oro! ¡Vamos, vamos con la monjita!

Rióse Sor Angela con la salida y le respondió:

-15-

—No es que yo despreciara los obsequios de Ud., muy al contrario, los estimo, y más aún su alma de Ud. tan generosa....; pero me viene una idea magnífica: así podré darle gusto a Ud. y ser, como decía, buena comerciante, es decir, que mataré dos pájaros de un tiro.

—¡Si irá Ud. a resultar hasta cazadora!

—¿Ud. cree en Dios?

—¡Caramba! ¿por tan malo me tiene Ud.?

—¿Cree Ud. en la confesión?

—Crear, sí; ahora, que hace tanto tiempo....y con esa memoria que tengo.... ya hasta los rezos se me van olvidando!

—Eso no importa; ya se arreglará todo. Ud. prométame que se confesará en esta enfermedad.

—¡Hombre! a esas preguntas así.... tan a boca de jarro.... no sabe uno qué contestar....

—¡Nada, nada! se confiesa Ud., trato hecho.

—Bueno, me confieso, repuso Carlos después de llevar ligeramente a los labios el índice de su izquierda y reflexionar un par de segundos.

—Es Ud. verdaderamente muy bueno, dijo con voz entrecortada Sor Angela.

—Y, ¿lo de los pájaros?

—Verá Ud.: cuando llegue yo al cielo, como lo espero, dijo la Hermana, me mostrará Dios una riquísima medalla de oro y pedrería, en la cual estará esculpida el alma de uno de mis enfermos, hermo-seada por la confesión sacramental: entonces recibiré la medalla que Ud. me ofrecía y habré sido además muy buena comercianta; estarán muertos los dos pájaros.

No he vuelto a saber de la Hermana de la Caridad. De Carlos, me aseguró su cristiana esposa que cumplió su palabra y que durante el resto de su enfermedad y convalecencia lo encontraba con frecuen-

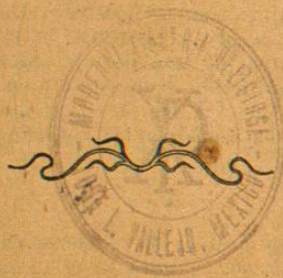


-16-

cia pensativo y que preguntándole en qué estaba pensando, le respondía Carlos: me acuerdo de lo que Sor Angela me contaba.... tenía razón la buena monjita: todo lo de esta vida no vale nada en comparación de las cosas que Dios nos promete: al fin y al cabo ¿no es mejor comerciante el que ofrece a Dios algunos bienes de la tierra para recibir, después de unos cuantos años, el cielo, que el que deposita en un banco todo el fruto de su trabajo para recibir un escaso tanto por ciento? Así sintetizaba Carlos la lección de altísima filosofía que había oído días antes de labios de su humilde enfermera; y yo, pobre cura de aldea, viejo y achacoso, al oír de boca de Carlos el relato de su conversación no pude menos que conmovirme, bendiciendo al Señor que ilumina las inteligencias de los humildes, y, reconociendo en la lección de Sor Angela aquella sublime doctrina de Jesucristo, que tantas veces había leído en el Evangelio: "*Thesaurizate autem vobis thesauros in coelo*". "Atesorad para vosotros tesoros en el cielo". —Mt. c. 6. v. 20.

GASTON FERRER, S. J.

A. M. D. G.





Obras editadas por el Comité
de Prejuicios Religiosos

Haya paz entre los hombres. —(Ed. agotada).

Benedicto XV. y la Guerra Mundial.—Elegante volumen de VII, 160 páginas adornado con dos fotgrabados; a la rústica, elegante forro con tricromía, dibujado por el eminente artista Mexicano D. Rafael Aguirre. — Un ejemplar \$ 1.00.

La Paz del Mundo por el Amor.—Un ejemplar \$ 0.20; el ciento \$ 15.00.

Carlos.—Por el R. P. Gastón Ferrer, S. J. Interesante novelita sobre el cultivo de la vocación religiosa. —Un ejemplar \$ 0.20; el ciento \$ 15.00.

En Prensa

¿Es Conocido el Sacerdocio Católico?

En Preparación

La Iglesia según las encíclicas de León XIII.

Catecismo de Sociología Católica.

